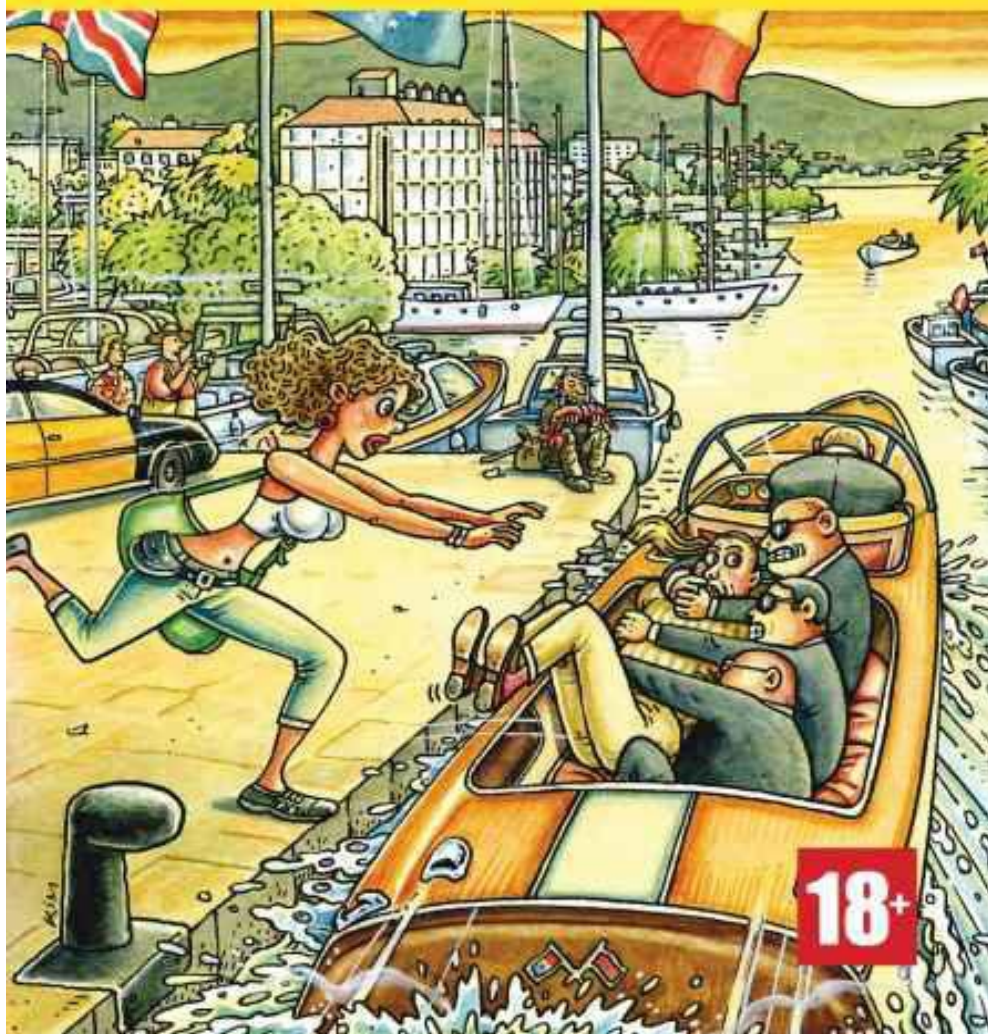




**PEPA VILLA,
TAXISTA EN BARCELONA**

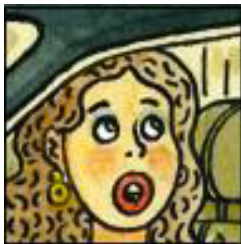
Apartamento en la Costa Brava

Alicia Estopiñá y Neus Sans



Apartamento en la Costa Brava

Pepa Villa, taxista en Barcelona



Pepa Villa. Es una taxista que trabaja y vive en Barcelona.



Loli. Es amiga y vecina de Pepa. Tiene una peluquería.



Raúl. Es un buen amigo de Pepa. Ha estado en la cárcel y ha tenido muchos trabajos. Actualmente es vigilante en un parking del barrio de Gracia. Le gustan mucho los coches y las motos.



Álvaro. Es un cliente de Pepa, atractivo y misterioso, que desencadena la aventura de esta novela.



Mercè. Es la abuela de Nacho, un amigo de Raúl. Es diabética y tiene muy mala vista.



Pepe. Es el abuelo de Nacho. Está muy sordo.



Armando. Es el dueño del bar al que suelen ir Pepa, Raúl y Loli. Es argentino.

Barcelona. Lunes, 28 de julio. 16.00 h.

—¡A la playa! —dice Raúl.

Raúl tiene treinta años, es moreno, alto y muy delgado. Tiene los ojos pequeños y negros y el cuerpo lleno de tatuajes y *piercings*. Es vigilante de un parking del barrio de *Gracia*¹.

—¡A la playa! —Repite Loli—. ¡Vacaciones!

Loli tiene veintiocho años, es bajita y un poco gordita. Tiene unos ojos bonitos, grandes y negros, y lleva el pelo teñido de rojo. Es peluquera. Trabaja y vive en el barrio de Gracia.

—Vacaciones... —dice Pepa.

Pepa tiene treinta y tres años, no es ni alta ni baja y es bastante delgada. Tiene el pelo castaño y los ojos verdes. Es taxista. También vive en Gracia.

Los tres amigos, Pepa, Loli y Raúl, están tomando café en el bar de Armando, un argentino que lleva muchos años en Barcelona. A Raúl le gusta mucho Loli, pero ella no lo sabe. Loli piensa que a Raúl solo le gustan los coches, las motos, los *porros*² y las cervezas.

—Sí, Pepa. Vacaciones —dice Loli—. Ven con nosotros. Vamos a pasarlo muy bien. La *Costa Brava*³: mar, sol, playa, barcos, discotecas... ¡Mucha *marcha*⁴! Y apartamento gratis.

—¿Gratis? —pregunta Pepa.

—El hermano de mi ex... —dice Raúl.

—¿Tu ex? ¿Cuál de ellas? —pregunta Pepa. Raúl está soltero, pero ha tenido muchas, muchas novias.

—La...⁵ —Raúl duda— Mari. ¿O la Silvi? Bueno, ¿qué más da? Las

ex son eso: ex. Pero Nacho, el hermano de... –se rasca la cabeza–. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo: Nacho, el hermano de la Yoli.

–¿La Mari, la Silvi o la Yoli? –preguntan Loli y Pepa.

–Da igual... Nacho es un buen tío, tiene una moto, una Harley que... –Raúl no recuerda los nombres de sus ex novias, pero nunca olvida una buena moto.

–Raúl...–dice Pepa–. *No te enrolles*⁶.

–¡Vale, vale! Pues, eso. Que Nacho tiene un apartamento en Empuriabrava, en una urbanización junto al mar, cerca de Figueras. Me ha dado las llaves y me ha dicho que puedo ir allí cuando quiera, porque él ahora vive en Londres.

–Yo cierro la peluquería los primeros quince días de agosto –dice Loli.

–Yo tengo vacaciones todo el mes –dice Raúl–. En la costa hay mucha marcha. Venga, *tía*⁷. Ven con nosotros.

–Pero es que *no tengo un puto euro*⁸ –dice Pepa–. Quiero terminar de pagar el coche y en agosto hay mucho trabajo. Barcelona está llena de *guiris*⁹.

–*Che*¹⁰, ¿se van a la playa? –pregunta Armando, que tiene la costumbre de meterse en las conversaciones de sus clientes–. ¡Qué suerte! Yo no puedo cerrar el bar. La hipoteca, ya saben. Y, además, ustedes, los de acá, se van, pero llegan los de fuera. Los guiris, como ustedes les llaman.

–Yo no me voy –contesta Pepa–. Yo también tengo que trabajar para pagar el crédito del taxi. ¡La crisis, amigo! ¡*La puta crisis!*¹¹

–Pero, mujer, unos días... El fin de semana –insiste Loli.

Loli quiere ir a la playa y no puede pagar un hotel ni un apartamento, pero no quiere estar a solas con Raúl. Raúl es un buen tipo, pero no es su tipo. Prefiere ir con los dos, con Raúl y con Pepa.

—Bueno, no sé, no sé...—dice Pepa.

Barcelona. Jueves, 31 de julio. 12.00 h.

El termómetro de la Puerta del Ángel, en el centro de Barcelona, marca 37°C. Pepa conduce su taxi con la luz verde y escucha música. Cuatro hombres orientales le hacen señas. Pepa se acerca a la acera y para. Los hombres entran (tres se sientan atrás y uno a su lado). Cambia el cartel de «libre» por el de «ocupado» y baja el volumen de la radio.

—Hola. Buenos días —saluda Pepa.

—Buenos días —contestan los cuatro hombres a coro—. ¿Puede llevarnos a Figueras? —pregunta el que está a su lado.

—¿Figueras? ¿En Girona? —pregunta Pepa.

—Sí. Al *Museo Dalí*¹² —dice uno de los hombres.

—Sí, sí. Ningún problema —dice Pepa contenta. El viaje es de unas cuatro horas, dos de ida y otras dos de vuelta, y puede cobrar doscientos o doscientos cincuenta euros. ¡Es más o menos lo que gana trabajando dos días en Barcelona!

—Aquí hay una bolsa —dice uno de los hombres y le enseña a Pepa una bolsa de tela verde que estaba en el asiento de atrás. Pepa la reconoce. Es de Raúl. Raúl es muy despistado y siempre olvida sus cosas.

—¡Ah, sí! ¡Lo siento! ¿Puede dejarla en el suelo, por favor?

Pepa sabe que sus clientes son japoneses, pero por educación les pregunta de dónde son. «De Osaka», le responden. Mientras salen de la ciudad, turistas y taxista mantienen la típica conversación sobre los temas típicos: la ciudad, el clima, la comida, el idioma (*el catalán y el castellano*)¹³, los monumentos y el arte. Dalí y Gaudí. Gaudí y Dalí. Cultura de bolsillo para bolsillos llenos.

Al llegar al peaje de Granollers, en la AP-7¹⁴, dirección norte, ya

está todo dicho. Pepa pone un CD de Chambao y sube el volumen. Los japoneses, en silencio, miran el paisaje y descubren el *flamenco-chillout*.

Barcelona. Jueves, 31 de julio. 14.15 h.

A las dos y cuarto de la tarde Pepa deja a los japoneses en la puerta del Museo Dalí, en Figueras. Está cansada y tiene hambre. Aparca, entra en un bar y se toma un bocadillo de jamón, una cerveza y dos cafés con hielo. Cuando vuelve al taxi, ve a un hombre alto, con una bolsa en la espalda, que va hacia ella corriendo.

—¡Espera! ¡Espera, por favor! —dice el hombre levantando una mano.

Lleva el pelo rubio recogido en una coleta. Es alto, guapo y tiene ojos de serpiente.

—¿Sí? —dice Lola.

—¿Estás libre? —pregunta el hombre.

—Bueno... Voy a Barcelona.

—Ya, ya sé que eres de Barcelona. Por el *taxi*¹⁵... —dice el tipo sonriendo—. ¿Puedes llevarme?

—Sí, sí. Claro —Pepa piensa que va a cobrar dos veces por el mismo viaje. Está encantada—. Sube.

El hombre tira la bolsa en el asiento de atrás y luego se sienta. El taxi se pone en marcha.

—¿A qué lugar de Barcelona vamos? —pregunta Pepa.

—Al Hotel Arts.

—¿De vacaciones? —pregunta Pepa. El Hotel Arts es un hotel de superlujo.

—Ajá —dice el hombre, y se pone a mirar el paisaje.

No quiere conversación. Pepa sabe cuando la gente tiene ganas de hablar y cuando no. «¡Lástima!», piensa, mirando por el espejo retrovisor, «porque parece un tío interesante». Pone la radio y conduce en silencio.

A las seis de la tarde Pepa deja al pasajero en el Hotel Arts. Está cansada y conduce el taxi hacia Gracia. Entra en el garaje donde trabaja su amigo Raúl, pero no lo ve. Raúl no está. En su lugar hay un chico joven, con gafas, que ella no conoce.

—¡Hola! ¿Y Raúl? —le pregunta Pepa—. ¿Dónde está?

Raúl sale del baño con una revista de motos en las manos.

—¡Hola, Pepa! Estaba... Bueno, ya sabes... Ese —señala al chico de las gafas— es mi sustituto. ¿Qué tal el día?

—Bien. He ido a Figueras a llevar a unos japoneses al Museo Dalí...

—He oído en la radio que han robado un cuadro del Museo Dalí —dice el chico con gafas, pero ni Pepa ni Raúl le escuchan.

—...y a la vuelta he recogido a un tipo que venía a Barcelona —continúa Pepa—. ¿Has terminado ya de trabajar? ¿Nos vamos a tomar unas *cañas*¹⁶?

—Sí. Un momento, que recojo unas cosas. Mañana nos vamos a la playa Loli y yo. No encuentro por ningún lado mi bolsa verde...

—¡Tú bolsa verde! Está en el taxi —dice Pepa. Pepa abre el coche y le da la bolsa a Raúl—. ¡Toma! Eres un desastre.

—Soy un hombre muy ocupado.

Raúl mete en la bolsa la revista y unas llaves. Se despide del chico: «¡Nos vemos¹⁷, pringao¹⁸!

—¡Empiezan las vacaciones! ¡Vamos a celebrarlo! —Raúl le pasa el brazo por encima del hombro a Pepa y los dos salen a la calle.

Barcelona. Viernes, 1 de agosto. 12.00 h.

Pepa sube en el taxi por el *Paseo de Gracia*¹⁹. Está cansada y le duele la cabeza. Cuando sale con su amigo Raúl siempre pasa lo mismo: bares y más bares; copas y más copas. Solo ha dormido cuatro horas: se fue a dormir a las seis de la mañana y se ha levantado a las diez. Hace mucho calor. Pero tiene que trabajar.

Primero recoge a una pareja de turistas franceses a los que lleva hasta el Camp Nou, el campo del Fútbol Club Barcelona. Para un momento en un bar a comprar una Coca-Cola. Después sube al taxi una señora elegante que va a la zona alta de la ciudad. A continuación lleva a tres chicas americanas a la playa de la Barceloneta. Bajando por Vía Layetana, la voz de la operadora suena a través de la emisora.

—Un cliente pide el taxi con el número de licencia 2325 para el Hotel Arts.

«Soy yo, es mi número de licencia», piensa Pepa. «¡Qué raro! La gente, cuando necesita un taxi, pide eso: un taxi. Pero cualquier taxi, no uno en concreto. ¡En fin!». Deja a las tres chicas en la playa y se dirige al hotel.

El hombre alto, rubio, con coleta y una bolsa verde, el que recogió en Figueras, está esperando en la puerta del hotel. Se acerca a la ventanilla y le enseña la bolsa a Pepa.

—Esta no es mi bolsa —dice directamente.

—¿Cómo?— dice Pepa sin comprender.

—¡Mi bolsa también es verde, pero no es esta!!!— El tipo está enfadado—. ¿Dónde está mi bolsa?

—Tu bolsa es igual que esta, pero no es esta... ¿Es eso? —dice Pepa pensando en la bolsa de Raúl.

–Eso es.

–¿Qué hay en esta bolsa?

–¡Porquerías! –El hombre está de mal de humor y vacía el contenido de la bolsa en el asiento de atrás del coche. Revistas, tabaco, un bañador, una camiseta, llaves, papeles, etc. Cosas de Raúl.

–Oye, guapo: tranquilo. Yo no tengo la culpa.

–Necesito mi bolsa y quiero saber dónde está.

– En la Costa Brava, supongo.

–¿Qué?

Pepa le explica que su bolsa la tiene Raúl, un buen amigo que en estos momentos va en su coche *tuneado*²⁰ por la AP-7 hacia Empuriabrava.

–Llama a tu amigo. Necesito mi bolsa.

Pepa marca el número del móvil de Raúl. Una vez. Dos. Tres veces. No lo coge.

–¿No contesta? ¿Dónde está tu amigo?

–No lo sé. Hoy se iba de vacaciones a la Costa Brava.

–¿A la Costa Brava? La Costa Brava es muy grande. ¿A qué lugar de la Costa Brava?

– A Empuriabrava, creo.

–No sé dónde está Empuriabrava. ¿Tú sabes ir?

–Sí, claro...

—Pues vamos.

—¡Eh, eh! Calma... Yo tengo trabajo aquí en Barcelona y no puedo.

—¿Eres taxista, no? Yo te pago y tú me llevas.

—Bueno... —a Pepa no le gusta el tono del hombre de la coleta, pero reconoce que tiene razón. Si quiere ir a Empuriabrava, ella lo lleva a Empuriabrava.

—¡Vamos! Tengo prisa.

Pepa mira el taxímetro, mueve la cabeza y se dirige hacia la autopista.



Empuriabrava. Viernes, 1 de agosto. 12.00 h.

Los abuelos de Nacho, el amigo de Raúl que tiene una Harley, entran en el apartamento 112 del edificio The sun of the beach, frente al mar de Empuriabrava. Su nieto les ha dado unas llaves junto con la dirección del apartamento escrita en un papelito y les ha dicho que pueden pasar el verano en la playa, mientras él está en Londres trabajando y aprendiendo inglés. Nacho tiene mala memoria y no recuerda que su amigo Raúl tiene también unas llaves del mismo apartamento. «Puedes ir cuando quieras», le ha dicho también a Raúl.

Los abuelos de Nacho viven en una comarca del interior de Girona. Mercè²¹, la abuela, es diabética y tiene muy mal la vista. Necesita inyectarse insulina dos veces al día y habla a gritos porque, Pepe, su marido, está *sordo como una tapia*²². Como mucha gente de su edad, viajan con una gran cantidad de medicamentos.

—Nacho es muy buen chico —dice Mercè desde la cocina—. Se acuerda de sus abuelos. Este apartamento está muy bien. No tiene vistas al mar, pero...

—No, ahora no me voy a bañar —dice Pepe, mirando el mar desde la puerta de la terraza del comedor.

—Voy a guardar la insulina en la nevera —dice Mercè abriendo la puerta del horno.

—No, no quiero comer ahora —dice Pepe al ver a su mujer en la cocina.

—¿Comer? No tenemos comida —dice Mercè mirando el interior del horno—. Tenemos que ir a un restaurante.

—¿Has comprado un bogavante? —Pepe abre la nevera—. ¿Dónde está el bogavante?

—¿Qué bogavante? —Mercè tropieza con su marido—. ¿Qué haces

aquí delante?

—¡En la nevera no hay ningún bogavante! ¡Ni detrás ni delante!— dice Pepe.

—¡Pues claro! Ya te he dicho que no hay comida. ¿Quieres comer bogavante?

—¡No! —grita Pepe—. ¡No me gusta el bogavante!

—No grites. A mí tampoco me gusta el bogavante.

Pepe saca la insulina del horno y la guarda en la nevera, que está llena de comida.

—Bueno, vamos —dice Pepe, cogiendo a su mujer del brazo—. Si quieres comer bogavante, vamos al restaurante.

—¡Comer, comer! Solo piensas en comer, Pepe —dice Mercè—. Comes demasiado. Ayer compramos mucha comida y hoy no hay nada en la nevera. Comes cuando yo no te veo...

Cogen el ascensor.

—¡*Coño*²³, Mercè! Tú no me ves nunca. —De vez en cuando Pepe entiende algo de lo que dice su mujer.

—Yo no veo bien, ya lo sé, pero tú estás cada día más gordo.

—Yo solo estoy un poco sordo.

—¡Y gordo!

—Sí, sordo.

—¡Gordo! ¡Gordo! ¡Gordo! —grita Mercè saliendo del ascensor. El vecino del apartamento 320, que pesa ciento veinte kilos y está esperando para subir a su piso, la mira sorprendido.



Empuriabrava. Viernes, 1 de agosto. 17.00 h.

Loli y Raúl llevan más de una hora perdidos por Empuriabrava. ¿Dónde está el apartamento?

—Perdón— dice Raúl sacando la cabeza por la ventanilla del coche. El hombre al que se dirige es extranjero, como el noventa por ciento de la población de Empuriabrava— ¡Vaya, otro guiri! —le dice Raúl a Loli—. *Excuse me. I'm looking for...* —lee el nombre del edificio en el papel que le dio Nacho: «The sun of the beach»—. «¡Sanofabich!» —dice con una sonrisa, orgulloso de su inglés.

El hombre mira a Raúl, con sus *piercings* y sus tatuajes, y se va sin decir nada, moviendo la cabeza.

—Vamos a preguntar a otro —dice Loli.

Se acercan a un hombre alto y rubio.

—*Please, mister!* —dice Raúl—. *I'm looking for...* —se le olvida el nombre raro del edificio—. *I..., you...* «Sanofabich». —El hombre pone cara de sorpresa—. *Do you understand me?* —dice levantando la voz. Raúl, como mucha gente, piensa que a los extranjeros hay que hablarles alto—. «¡Sanofabich!».

El hombre dice algo que Raúl no entiende y se va.

Esta escena se repite cinco veces con el mismo resultado.

—¡No te entienden! ¿No lo ves? No sabes inglés —dice Loli.

—¡Claro que sé inglés! Lo que pasa es que estos guiris seguro que son franceses o italianos o... ¡Qué sé yo! Y este pueblo es todo igual: canales y más canales...

—Tengo mucha sed y estoy cansada.

—Vamos a parar y a tomar algo en ese bar.

Se sientan en la terraza de un bar. Piden dos cervezas y dos sándwiches de jamón y queso. Suena el móvil de Loli.

—¡Pepa! ¿Qué tal? ¡Estamos en Empuriabrava! Pero estamos perdidos. Raúl no encuentra el apartamento de su amigo y...

—Loli, por favor. Para. Quiero hablar con Raúl.

Loli le da el móvil a su amigo.

—Raúl —dice Pepa—, te he llamado un montón de veces. ¿Por qué no contestas?

—¿Me has llamado a mí? —Raúl saca el móvil del bolsillo de su pantalón—. ¡Anda! Si está apagado...! ¿Qué quieres? ¿Dónde estás?

—Estoy en la autopista. Voy hacia Empuriabrava...

—¡*Hostias*²⁴, qué bien! ¿Vienes con nosotros de vacaciones? —Mira a Loli—. Pepa viene hacia aquí.

—Sí, pero no. Voy con un cliente. ¿Llevas la bolsa verde de tela?

—¿Qué?

—Tu bolsa verde de tela, la que olvidaste en mi taxi. Anoche te la di, ¿recuerdas?

—Sí...

—¿La tienes ahí?

—No.

—¡No! ¿Y dónde está?

—No lo sé. Ni idea... ¿Cuándo llegas? Te esperamos tomando una cerveza y...

—¿De verdad que no sabes dónde está tu bolsa?

—No... ¿Por qué?

—Porque... No importa. Luego te llamo. Nos vemos en Empuriabrava.

Autopista AP-7. Viernes, 1 de agosto. 17.30 h.

—Mi amigo no tiene tu bolsa —le dice Pepa al hombre de la coleta— y no sabe dónde la ha dejado. Mi amigo es muy despistado...

—¡Tú amigo es un imbécil, *joder*²⁵! —dice el de la coleta—. ¡Mierda!²⁶ ¿Dónde está ahora tu amigo?

—En Empuriabrava. Pero no tiene tu bolsa. ¿Qué hago? ¿Sigo o volvemos a Barcelona?

El hombre de la coleta piensa: «el amigo de la taxista miente. Tiene mi bolsa y no quiere dármela, pero necesito recuperarla...». Decide que tiene que ser simpático con la taxista y así esta lo llevará hasta su amigo.

—Bueno... —dice el de la coleta y sonríe por primera vez—. Estamos cerca de Empuriabrava, ¿verdad?

—Sí— dice Pepa—. La próxima salida de la autopista es la de Figueras y después hay unos treinta kilómetros hasta Empuriabrava.

—Pues como estamos cerca, podemos ir hasta Empuriabrava. Yo no conozco el lugar. ¿Es bonito?

—Yo no he estado nunca —dice Pepa—, pero dicen que es un lugar muy especial. Es una urbanización muy grande, con canales navegables. La gente que tiene barco, puede dejarlo en la puerta de su casa. Es algo así como Venecia... Bueno, yo tampoco he estado en Venecia.

—Yo sí. Un lugar precioso. Ah, me llamo Álvaro. ¿Y tú?

—Pepa.

—¿Nunca coges vacaciones, Pepa? —El tono de Álvaro ha cambiado. Ahora parece relajado y sonríe.

—Este año no. Quiero terminar de pagar el taxi.

—Hoy es viernes. ¿También trabajas el fin de semana?

—Claro.

—Pero, tu amigo... ¿Cómo se llama tu amigo?

—Raúl.

—Tu amigo Raúl está en Empuriabrava y nosotros estamos cerca. Yo estoy de vacaciones. ¿Por qué no damos una vuelta y vemos el lugar? —A Pepa el cambio de humor de Álvaro le sorprende—. Te pido perdón. No he sido nada amable. Es que estoy nervioso. Cosas del trabajo. Tú no tienes la culpa de nada...

—¿Llevabas algo de valor en la bolsa? Porque Raúl es un desastre. Lo pierde todo.

—¡Bah! No importa... Lo que llevaba en la bolsa solo tiene valor sentimental, solo es importante para mí...

—¿Valor sentimental...? Mira, estamos llegando.

Pepa gira a la derecha y se dirige hacia el mar. A derecha e izquierda de la calle por la que pasan se ven canales de agua con yates y lanchas amarrados.

—¡Qué bonito y qué curioso! —dice Pepa.

—Sí. Impresionante —dice Álvaro.

—¡Y qué grande! ¿Dónde pueden estar Loli y Raúl? ¿Los llamo?

—¿Loli? —pregunta Álvaro—. ¿Quién es Loli?

—Loli es una amiga. Está con Raúl.

—¡Ah, bien! —Álvaro piensa que Loli también sabe lo que hay en la bolsa. ¡Otro problema...!

Llegan a una playa muy, muy grande. De arena fina y agua clara y azul. Pepa para el coche y marca el número de Raúl. No contesta. ¡Como siempre! Llama a Loli.

—¡Pepa! ¡Hola, guapa! ¿Dónde estás? ¿Qué haces? —Loli habla mucho y rápido. En la peluquería la conversación forma parte de su trabajo.

—Estoy aquí, en Empuriabrava...

—¡Aquí! —grita Loli muy contenta—. ¡Qué bien, qué bien! Has cambiado de idea. ¿Te quedas con nosotros el fin de semana, verdad? ¡Qué alegría...!

—Loli... —Pepa sabe que si no la para, Loli puede pasar casi una hora hablando sin decir nada.

—Sí, Pepa. ¿Qué?

—¿Dónde estáis?

—¡En Empuriabrava! Llegamos hace una hora. Nos hemos tomado unos sándwiches y unas cervezas. Esto es muy bonito. ¿Has visto cuánta agua por todas partes? Parece Venecia. Aunque yo no he estado en Venecia, claro...

—¡Loli!

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritas?

—¿En qué lugar de Empuriabrava estáis? ¿Dónde, concretamente? Esto es muy grande.

—Sí que es grande, sí. Raúl no encuentra el apartamento de su amigo. Hemos preguntado a varias personas, pero todos son extranjeros. Raúl dice que él habla inglés, pero a mí me parece que no...

—¡Loli, coño! ¡Que se ponga Raúl!

—¡Hola, tía! ¿Dónde estás? —pregunta Raúl.

Pepa repite a Raúl lo que ya le ha dicho a Loli.

—¡Qué conversación tan estúpida!— piensa Álvaro. —Se hacen los estúpidos para despistarme, seguro...

Raúl se levanta de la silla, mira hacia el mar, mira el nombre del bar, mira a derecha e izquierda. Ve a su lado una torre desde la cual puede verse la bahía de Rosas y la urbanización.

—¿Ves una especie de torre? ¿Una torre muy alta?

Pepa mira y ve al final de la calle un edificio estrecho y alto.

—Sí, una especie de torre. La veo.

—Pues ve hacia ella. Nosotros estamos en un bar, justo al lado.

Empuriabrava. Viernes, 18.30 h.

Pepa se encuentra con sus amigos. Les presenta a Álvaro y le explica a Raúl lo que ha pasado con las bolsas. Álvaro le da la bolsa a Raúl.

—¡Hombre, qué bien! Mi bolsa —Raúl coge la bolsa sin mirar lo que hay dentro.

—¿Y la mía? —pregunta Álvaro.

—*Ni puta idea*²⁷, tío —dice Raúl— Lo siento. Ayer estuve por ahí de marcha y... No sé. No recuerdo qué pasó... Siempre pierdo las cosas. Quizás está en casa de algún *colega*²⁸ o en algún bar. ¡Toma! —Raúl le devuelve a Álvaro la bolsa que este le había dado—. Te doy la mía.

—¿Para qué quiero yo tu bolsa? —pregunta Álvaro.

—No sé. Yo he perdido la tuya, tú te quedas con la mía. —Es la lógica de Raúl.

—La bolsa no importa —explica Pepa—. Lo que importa es lo que hay dentro.

—¡Ah, coño! ¡Claro! —Raúl abre y mira dentro de su bolsa— ¡Mira, mi bañador! —Saca un bañador—. ¿Os gusta? ¿Y qué tienes tú dentro de tu bolsa? ¿Llevabas *pasta*²⁹?

—No. No llevaba dinero. Solo papeles, documentos...

—¡Bah! Nada importante, ¿no?

—Pues antes estabas muy preocupado por tu bolsa... —dice Pepa.

—Sí, pero... ¡Qué le vamos a hacer!

—¿No quieres mi bolsa? —Raúl insiste en darle su bolsa a Álvaro. Álvaro le dice que no.



Empuriabrava. Restaurante El calamar. 18.30 h.

Mercè y Pepe están en la terraza del restaurante. Pepe está terminando una gran copa de helado cubierto de chocolate. Mercè tiene delante un plato con un bogavante entero.

—¿Por qué no comes? —pregunta Pepe a su mujer—. ¿Te encuentras bien? Tienes muy mala cara.

—Tengo mala cara porque tengo hambre y no puedo comer esto que tengo en el plato. Está duro —Mercè quiere pinchar el bogavante con el tenedor y cortarlo con el cuchillo, pero no puede—. ¿Qué clase de comida es esta?

—Mercè, es un bogavante. Me has dicho que querías comer bogavante.

—Yo no te he dicho eso. ¡Camarero!

—¿Mero? ¿Ahora quieres mero?

—¡Camarero! —Mercè levanta el brazo y llama a un chico que pasa por la calle—. ¡*Chist!*³⁰ ¡Por favor! ¡Por favor! —El chico se acerca y Mercè le da el plato con el bogavante—. ¿Puede llevarse esto y traerme una ensalada?

—Señora, yo no... —dice el chico con el plato en la mano. En ese momento Mercè, sin mirar y sin ver, se levanta para ir al baño, le da un golpe al chico y el bogavante cae en la cabeza de Pepe. El chico sale corriendo. Pepe coge el bogavante y lo tira hacia atrás sin mirar. El bogavante cae a los pies de un mendigo que está sentado en el suelo, con un letrero en el que pone: «Dame algo para comer».

—¡Hostia! —dice el mendigo muy sorprendido.

—En la tele están diciendo que han robado un cuadro de Dalí del museo de Figueras. Un cuadro pequeño, muy bonito. Ese cuadro con un

pan que parece de verdad –dice Mercè cuando vuelve del baño.

–¿Qué? –pregunta Pepe.

–Que han robado el cuadro del pan –dice Mercè más alto.

–Toma –Pepe le da el plato con el pan–. No quieres el bogavante y pides pan. Estás muy rara Mercè.

Mercè coge el plato con el pan y lo mira muy de cerca.

–¡No quiero pan! –dice de mal humor–. ¿Dónde está mi ensalada?
–Mercè toca la mesa para estar segura de que su ensalada no está. ¡Mi ensalada! –grita.

–Síiiiiii, estás delgada.

–¿Delgada? ¡Claro que estoy delgada! En casa no hay comida, en el restaurante no puedo comer. No me traen la comida. He pedido una ensalada. Yo quiero comer. ¿Entiendes? ¡Comer! –Mercè, mueve su mano derecha hacia la boca, haciendo el típico gesto que indica «comer».

–¿Comer? ¿Y por qué no comes?

–¡Porque odio el bogavante, porque los camareros no me traen mi ensalada y porque en casa no hay comida! –dice Mercè a gritos.

–¿Qué dices de la bebida?

–¡Aayyyy! ¡TENGO HAMBREEE! ¡Y ESTOY HARTA DE HABLAR CON UN SORDO!

–¿Gordo? Yo no estoy gordo.

Empuriabrava. Terraza de un bar. 19.00 h.

Loli y Raúl le han dicho a Pepa que no pueden encontrar el apartamento.

—A ver *a quién coño*³¹ preguntamos —dice Raúl.

—Pues al camarero, por ejemplo —dice Pepa.

—Pero es que... Pregunto y la gente me mira con una cara...

—Dame las llaves —dice Pepa. Raúl le da las llaves. Pepa mira la dirección que hay en el papel del llavero: «Edificio The sun of the beach» —Pepa se levanta, se acerca al camarero y le enseña el papel—. Por favor, ¿sabes dónde está este edificio?

—Sí —dice el camarero—. Todo recto. Al final de la calle. Es un edificio muy grande. De color azul y blanco. Frente al mar.

—¡Coño! —dice Raúl.

—No sabes hablar inglés —le dice Loli a Raúl.

—¿Qué le has preguntado al camarero, Pepa? —pregunta Raúl.

—Le he preguntado donde está el edificio The sun of the beach.

—«Sanofabich». Lo mismo que yo decía.

—Bueno, ¿vamos? —dice Loli—. Quiero cambiarme de ropa.

—Pepa, tú te quedas, ¿no? —pregunta Raúl—. Tú también puedes quedarte, Álvaro.

—Sí, Pepa. Por favor —pide Loli.

—Yo... Bueno... Estoy un poco cansada —Pepa mira a Álvaro y le pregunta—: ¿tú quieres volver hoy a Barcelona?

—No. Yo quiero quedarme y conocer Empuriabrava. —Álvaro mira a Raúl—. ¿De verdad puedo quedarme en tu apartamento? Gracias, Raúl. Eres muy amable. Os invito a todos a cenar.

—Gracias, tío —dicen Loli y Raúl—. Vamos a ver el apartamento y a dejar las cosas. Luego, podemos bañarnos.

Edificio The sun of the beach. 19.30 h.

Loli, Pepa, Raúl y Álvaro suben al apartamento 112 del edificio The sun of the beach.

—¡Qué vistas! —dice Loli, mirando el mar desde la terraza.

El apartamento tiene un dormitorio, un baño y el salón-comedor en el que están ahora, donde también hay una pequeña cocina.

—Solo hay un dormitorio, pero podemos usar el sofá para dormir —dice Raúl señalando un sofá rojo.

—Voy a dejar mis cosas en la habitación. —Loli deja su maleta en el dormitorio.

Raúl deja su maleta, una maleta grande y vieja, encima del sofá. Pepa abre la nevera y ve que hay agua y comida.

—La nevera está llena —dice abriendo una botella de agua mineral.

—¡Qué detalle! Nacho es un tío muy *guay*³² —dice Raúl—. ¿Vamos a darnos un baño?

—Yo no traigo bañador —dice Pepa.

—Yo te dejo uno de mis bikinis —dice Loli.

—Yo tampoco tengo bañador —dice Álvaro.

—Yo te dejo uno —Raúl saca de la maleta dos bañadores y le da uno a Álvaro.

Los cuatro bajan a la playa. Mientras Álvaro está nadando, Pepa se acerca a Raúl.

—¿Por qué le has dicho a Álvaro que podía quedarse a dormir con

nosotros?

—¿No te gusta Álvaro? —pregunta Raúl—. Pensaba que te gustaba.

—*Está bueno*³³ —dice Loli.

—Sí, pero... Es raro —Pepa piensa en los cambios de humor de Álvaro.

—Tú también eres rara —dice Loli riendo.

—¿Te gusta o no te gusta? —pregunta Raúl.

—No lo sé.

Álvaro sale del agua y se acerca.

—¿Puedo subir un momento al apartamento? —pregunta con la intención de mirar lo que hay en la maleta de Raúl. Tengo que ir al baño.

Raúl le da las llaves.

Apartamento 112. 20.00 h.

Pepe pone unas gotas de laxante en un vaso con agua.

—Mercè, te dejo el vaso en la cocina —le dice Pepe a su mujer que está en el baño—. Me voy a dormir.

—Hoy no lo necesito —dice Mercè—. No he comido nada.

—¿Qué dices de la almohada? —pregunta Pepe desde la cama.

—¡Nada! ¿Dónde están mis pastillas para dormir? —Mercè busca entre los medicamentos, se toma una pastilla y se va a la cama.

Subiendo en el ascensor, Álvaro recibe una llamada. ¿Por qué no ha entregado lo que tenía que entregar? No se atreve a decir que no lo tiene. Dice que ha tenido problemas, que necesita un poco más de tiempo. No hay tiempo. La persona que le llama piensa que Álvaro le engaña. Álvaro sabe que no es bueno que piense eso. ¡Tiene que encontrar la bolsa! Entra en el apartamento, abre la maleta de Raúl y empieza a buscar. Hay un montón de cosas: ropa, revistas, una navaja... ¡Una navaja! «¿Raúl es un tipo peligroso?», se pregunta Álvaro. Se oye la puerta del ascensor y unos pasos que se acercan. Álvaro cierra la maleta. Pepa llama a la puerta.

—Álvaro, soy yo.

Álvaro coge el vaso de agua con el laxante y abre.

—Estaba bebiendo agua —dice Álvaro. Y se bebe todo el vaso.

—Vengo a decirte que nos vamos a dar una vuelta. ¿Vienes?

—Sí, sí. Vamos.

Empuriabrava. 22.30 h.

Cenan en un restaurante al aire libre. Álvaro quiere emborrachar a Raúl para averiguar qué ha hecho con su bolsa. Le llena el vaso una y otra vez y Raúl bebe, bebe y bebe. Al terminar la cena está medio borracho.

Salen a la calle y Raúl enciende un cigarrillo. La bolsa verde de tela se queda en el restaurante.

—Ha olvidado la bolsa en el restaurante —dice Pepa—. Siempre igual —Pepa entra en el restaurante y sale con la bolsa de Raúl colgada al hombro.

Van todos al apartamento y Raúl se duerme en el sofá. Álvaro dice que quiere quedarse con él.

—Está muy borracho —dice—. Vosotras podéis ir a dar una vuelta. Yo me quedo para hacerle compañía.

—No, tú te vienes con nosotras. Raúl sabe cuidarse solo —dice Loli.

—Sí, déjalo. Está bien. Solo necesita dormir —dice Pepa.

—¿Y si se encuentra mal...?

—¡Que no hombre! Si tú te quedas, nosotras nos quedamos también.

«Bueno, unas cuantas copas y luego van a dormir como Raúl», piensa Álvaro y sale con Loli y Pepa, que lleva la bolsa de Raúl con los bañadores, por si les apetece bañarse.

A las tres de la mañana Pepa y Loli se han tomado cuatro *gin-tonics*. Álvaro también ha pedido lo mismo, pero no los ha probado. Necesita tener la cabeza clara.

Apartamento 112. 03.00 h.

Mercè se despierta. Ha olvidado pincharse su dosis de insulina. Se levanta y va a la cocina. Lleva un camisón blanco. Abre el horno, la puerta de un armario y la nevera.

—¡Pepe! ¿Dónde está la insulina? —pregunta Mercè.

Raúl abre un ojo. «¿Dónde estoy?», se pregunta.

Mercè encuentra su insulina.

Raúl abre el otro ojo. «¿Qué demonios he tomado yo hoy? Estoy viendo un fantasma *yonqui*³⁴», piensa.

Mercè se pincha su dosis de insulina y vuelve al dormitorio.

Empuriabrava. 05.30 h.

Pepa, Loli y Álvaro salen de la discoteca Pasarela. Las dos mujeres van cogidas por la cintura y ríen. Han bebido mucho.

—*¿Qué pedo llevo!*³⁵ —dice Pepa. La bolsa de Raúl, que ha llevado encima toda la noche, se le cae del hombro—. ¡La puta bolsa de Raúl!

—¿Por qué llevas la bolsa de Raúl? —pregunta Loli—. No te queda nada bien —y se ríe, borracha.

—La he cogido por si nos apetecía bañarnos —Pepa saca los bañadores de la bolsa—. ¿Qué, un bañito?

—¡Ni loca! ¿A estas horas? —dice Loli.

Loli tropieza. Lleva unos tacones demasiado altos para su estado actual.

—¿Qué mal vamos, tía! —dice Pepa.

—Son los tacones —dice Loli. Se quita los zapatos y los tira—. ¡A la mierda los zapatos!

—¡A la mierda la puta bolsa de Raúl! —Pepa tira la bolsa.

Álvaro recoge los zapatos de Loli y la bolsa de Raúl.

—¿Nos vamos a dormir? —pregunta Álvaro.

—Yo no —dice Pepa.

—Yo tampoco —dice Loli—. ¡Marcha, marcha! ¿Dónde hay marcha?

—¡El chino! —dice Pepa.

—¿Qué dices? —pregunta Loli.

—Dos chinos —Pepa señala unos contenedores de basura.

—¿Chinos? ¿Dónde? —pregunta Álvaro.

—¿Chinos? —pregunta Loli.

—Sí, chinos. Cuando he ido al baño he visto un chino. Luego, al salir, otro. En la entrada de la discoteca también he visto a un chino. Y ahora he visto dos detrás de los contenedores de basura. —Ella, Loli y Álvaro miran hacia los contenedores, pero no ven a nadie.

—¿Chinos? —Loli se ríe—. Yo no veo ningún chino.

—Toda la noche veo chinos. O japoneses. No sé. Quizás... solo hay un chino y se mueve mucho, y yo lo veo por todas partes. O quizás, con tantos *gin-tonics* veo doble, o triple.

En ese momento una pareja entra en un coche aparcado cerca de donde están Loli, Pepa y Álvaro. Uno de los chinos, que estaba escondido detrás del coche, sale corriendo.

—¡Mira, mira! —dice Loli, señalando—. ¡Un chino! ¡Yo también he visto un chino!

—Vamos a casa —dice Álvaro.

—¿Por qué? Mira qué bonito está el mar. Y los canales. Está amaneciendo. Pronto va a salir el sol. Yo voy a dar una vuelta —dice Pepa.

—Te acompaño.

Pepa y Loli empiezan a andar y Álvaro las sigue. Los barcos se mueven en las aguas del canal.

—Me gustaría dar un paseo en barca —dice Loli.

—A mí también —dice Pepa—. Durante el día puedes alquilar una de

estas barquitas. –Están al lado del canal principal, junto a unas barcas de alquiler–. Pero a estas horas no creo yo que...

Se oye el ruido de un motor y ven llegar por el canal una lancha de la que salen seis brazos que cogen a Álvaro y se lo llevan.

–¿Qué coño...? –dice Pepa, sin entender nada.

–¡Eran chinos! –dice Loli.

La lancha gira y desaparece de la vista de Pepa y Loli, pero vuelve a aparecer pasado un minuto.

–¡Vuelven! –dice Pepa.

Los hombres de la barca gritan y parecen enfadados. Uno de ellos conduce y los otros tres sujetan a Álvaro y mantienen su cabeza bajo el agua. Le dejan respirar un momento. Álvaro tose y dice algo, pero vuelven a meter su cabeza bajo el agua. Cuando le sacan la cabeza de nuevo, Álvaro, tosiendo sin parar, mueve los brazos y señala hacia las dos chicas.

–¡La bolsa, Pepa! ¡Dales la bolsa! –consigue gritar Álvaro. Los chinos vuelven a meterlo bajo el agua. Miran a Pepa y le dicen algo. Está claro lo que le dicen: o les da la bolsa o ahogan a Álvaro. Pepa les tira la bolsa y los de la barca la cogen, tiran a Álvaro al canal y desaparecen.

–¿Qué ha pasado? –pregunta Loli.

–¿La bolsa de Raúl? –dice Pepa. Álvaro sale del agua. Está tosiendo y temblando–. ¿Puedes explicarme qué pasa?

–No. No puedo. No sé qué pasa. No conozco a los japoneses.

–¿Japoneses? –pregunta Loli–. ¿No eran chinos?

–¡Qué más da! –dice Pepa–. Ahora entiendo tu interés por encontrar tu bolsa. ¿Qué llevabas: joyas, dinero, droga...?

—No es asunto tuyo. —La simpatía de Álvaro ha desaparecido.

—*¡Qué borde eres....!* ³⁶ —dice Pepa—. Pues ahí te quedas. Busca otro taxi para volver a Barcelona. ¡Vamos, Loli! —Pepa y Loli empiezan a andar. Álvaro las sigue.

—¡Espera! —grita Álvaro—. Perdona, Pepa. No me dejes así —Álvaro siente un fuerte dolor de estómago—. ¿Puedo ir con vosotras al apartamento y cambiarme de ropa? ¡Por favor!

—Bueno. Venga.



Apartamento 112. 06.00 h.

Pepa y Loli están muy, muy cansadas. Demasiados combinados, demasiado baile y demasiados orientales. El laxante que tomó Álvaro está haciendo efecto y el pobre hombre en estos momentos prefiere encontrar un váter antes que su querida bolsa. Al llegar al apartamento, Pepa y Loli se echan en el sofá-cama donde duerme Raúl. Álvaro entra en el baño. Mercè está dentro, lavándose las manos. Álvaro, sin tiempo para preguntarse quién es esa señora, la echa fuera de un empujón y cierra la puerta.

—¡Pepe! —grita Mercè—. ¡No me empujes! ¡Hay que ver qué prisas! Te pasas la vida en el baño. Claro, comes tanto... Yo, en cambio, pobre de mí... —Mercè vuelve a su cama, donde Pepe sigue durmiendo.

Todos duermen menos Álvaro, que se ha pasado más de media hora en el váter. Cuando sale, en el salón-comedor las dos chicas y Raúl duermen en el sofá. Álvaro abre otra vez la maleta de Raúl y saca todo lo que hay dentro. Lo que él busca no está allí. Luego va al dormitorio. La anciana, que estaba antes en el baño, ahora está durmiendo junto a otro anciano. ¿Quiénes son? ¿Qué hacen en el apartamento? ¿De dónde han salido? No lo sabe, pero tampoco le importa. Abre la maleta de Loli y saca toda la ropa. Después abre el armario y hace lo mismo.

Pepe se despierta porque *tiene pis*³⁷. Ve a Álvaro de pie junto a su cama, sacando su ropa del armario y tirándola al suelo. «¡Un ladrón!», piensa. Se levanta despacio, sin hacer ruido, coge el bastón y le da a Álvaro un bastonazo con todas sus fuerzas en mitad de la espalda. Álvaro grita y cae de rodillas al suelo. Pepe le da otro golpe en la cabeza. Álvaro cae al suelo.

—¡Hijo de puta!³⁸— grita Pepe—. ¡A mí no me roba nadie! —Pepe tiene el bastón en alto y la intención de darle otro garrotazo a Álvaro—. ¡Mercè, llama a la policía!

Mercè se despierta.

—¡Pepe! ¿Qué pasa?

—¡Un ladrón! ¡Un ladrón! ¡Llama a la policía!

—¿Pepe? ¿Qué pasa, Pepe? —Mercè se levanta de la cama, muy asustada. Sin gafas no ve nada y no entiende qué está pasando—. ¿Dónde estás Pepe?

Loli, Pepa y Raúl se despiertan al oír los gritos y van hacia el dormitorio.

—¡Hostia! ¿Quiénes son estos? ¿De dónde han salido estos *yayos*³⁹?— pregunta Pepa.

—¡Mi ropa! —dice Loli al ver su maleta abierta y la ropa por el suelo.

—¡Coño, la fantasma yonqui! —dice Raúl.

Pepe piensa que los jóvenes son también ladrones y empieza a dar bastonazos.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí, sinvergüenzas! —Pepa, Loli y Raúl salen del dormitorio—. ¡Mercè, llama a la policía!

Mercè coge el teléfono, pero se le cae al suelo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Pepe! ¿Dónde estás?

Mercè sale del dormitorio, detrás de su marido, que sigue dando bastonazos al aire.

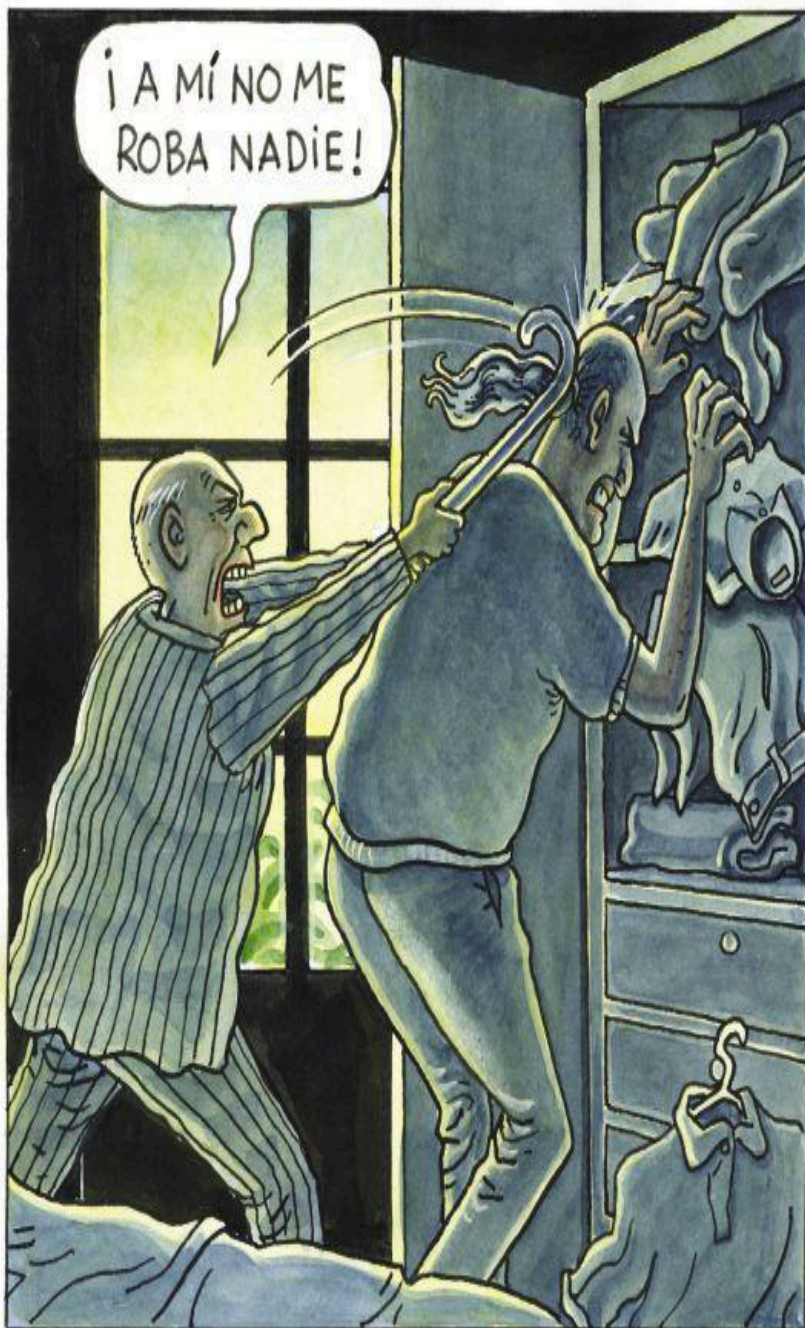
—Abuelo, deje el bastón —dice Raúl.

—¿*Cabrón*?⁴⁰ ¡*Cabrón lo será tu padre!*⁴¹—contesta Pepe.

—¡Ay, que me voy a desmayar! —dice Mercè.

—¡No estoy ahora para desayunar! ¡Llama a la policía! —dice Pepe.

Loli, Pepa y Raúl están en un rincón del salón-comedor, frente a Pepe y su bastón. Mientras tanto, Álvaro se levanta y sale corriendo del apartamento. Al llegar a la calle, sigue corriendo. Le duele la espalda, pero tiene que correr. El viejo del apartamento va a llamar a la policía y él no quiere encontrarse con la policía. Tampoco quiere encontrarse con los orientales. Ni ellos ni él mismo tienen lo que quieren: ¿quién tiene su bolsa verde? No puede saberlo. El negocio parecía fácil y ha salido mal. Muy mal. Él tiene que irse lejos, muy lejos. De la policía y de los japoneses. Corre. Álvaro corre.



Figueras, Museo Dalí. Lunes, 4 de agosto. 09.00 h.

Sentados a la mesa de la sala de reuniones se encuentran los directivos del museo, de la compañía de seguros, el jefe superior de policía y otros cargos relacionados con la seguridad. Han robado un cuadro famoso y en su lugar han dejado una copia. Nadie sabe cómo lo han hecho. Sacaron el cuadro del museo con toda tranquilidad y no saltaron las alarmas. El pasado jueves, el día del robo, la gente entró y salió del museo como de costumbre. El viernes por la mañana, uno de los vigilantes vio que el cuadro de la cesta de pan estaba un poco torcido. Se acercó para ponerlo derecho y notó algo raro. Avisó al conservador del museo y este se dio cuenta al momento: el cuadro original había sido cambiado por una copia. Ahora están revisando los vídeos de las cámaras de seguridad. A primera vista, todo parece normal.

—Hay muchos orientales —dice un directivo de la compañía de seguros.

—Siempre hay muchos. Sobre todo, japoneses —contesta uno de los vigilantes del museo—. Y siempre van en grupo.

Siguen mirando la cinta. Gente de todo tipo pasa por la sala donde está el cuadro de la cesta de pan. Cuatro hombres orientales, con mochilas en la espalda, se acercan mucho al cuadro y por un momento las cámaras graban sus espaldas y el cuadro no se ve. Salen y el cuadro sigue en su sitio.

—Un momento. Un momento —dice el jefe de policía—. ¡El cuadro!

—El cuadro está en su sitio —responde otro.

—¡Pero no es el original! Es la copia. Está un poco torcido.

Paran la cinta y ven que, efectivamente, el cuadro está un poco torcido. Los cuatro hombres orientales han cambiado el cuadro original por una copia. Luego se separan y se mezclan con los visitantes del museo. Uno de ellos va al baño y tira la mochila con el cuadro dentro de

un cubo de basura, pero las cámaras de seguridad no lo graban: en ese momento un empleado está arreglando la luz y los baños quedan a oscuras durante unos segundos. Es el mismo empleado, alto y guapo, con el pelo recogido en una coleta, que saca la basura al exterior. El mismo empleado, experto en sistemas de seguridad, que antes se ha encargado de las alarmas. El mismo hombre que Pepa, Loli y Raúl conocen como Álvaro.

Barcelona. Lunes, 4 de agosto. 12.00 h.

Álvaro, el famoso ladrón de joyas y obras de arte, se esconde en una pensión *de mala muerte*⁴² cerca de Las Ramblas. Está en la cama porque se encuentra mal. Le duele la espalda por los bastonazos del viejo y está muy débil. Lleva dos días sin comer. En el apartamento de la costa tomó una dosis excesiva de laxante y desde entonces tiene que ir al baño continuamente.

La puerta de la habitación se abre de repente y un oriental le pone una pistola en la frente.

—¡Chist! —dice el japonés—. Silencio. No te muevas.

Álvaro obedece.

—El jefe quiere el cuadro —dice el japonés.

El jefe es un *yakuza* coleccionista de obras de arte, en especial de Dalí, y está obsesionado con el cuadro de la cesta de pan.

—El jefe te contrató —dice el japonés—. Tenéis un trato. Los tratos con el jefe se cumplen o... —El japonés aprieta la pistola contra la frente de Álvaro. Álvaro está muerto de miedo y tiene unas terribles ganas de ir al váter.

—Sí, sí. Voy a cumplir el trato. El jefe va a tener el cuadro. Por favor, tengo que ir al baño.

—¿Cuándo? —pregunta el japonés sin apartar la pistola. Quiere saber cuándo Álvaro va a darle el cuadro.

—Ahora —Álvaro piensa en el váter.

—¿Dónde está? ¡Dámelo!

—¿El qué? El baño está fuera de la habitación, en el pasillo... Tengo

que ir al baño ahora, por favor –Álvaro trata de levantarse, pero el japonés no le deja.

–¡Quieto! Tú dices: «El jefe va a tener el cuadro». Yo pregunto: «¿Cuándo?». Y tú dices: «Ahora». Quiero el cuadro.

–¡Por favor! Ahora tengo que ir a...

–¡El cuadro!

–¡El baño!

–Baño, no. Cuadro. Tú no me engañas.

–¡Dios! –Álvaro está desesperado. El japonés le da miedo, pero sobre todo, necesita un váter–. No tengo el cuadro aquí. Pero puedo tenerlo.

–¿Cuándo?

–Mañana.

–¿Mañana?

–Sí. Mañana. Y ahora...

–¿Ahora o mañana?

–¡Mañana, el cuadro! ¡Ahora, el baño! ¡Por favor, tengo que ir al baño! Es muy urgente.

El japonés sigue con la pistola en la cabeza de Álvaro.

–Tú no puedes engañar al jefe. Nadie engaña al jefe. El jefe quiere el cuadro. El jefe...

–¡Sí, joder, sí! *¡Me cago en el jefe de los cojones!*⁴³

—¿Me cago en el jefe de los cojones? —repite el japonés, que no entiende la expresión.

Se oye un ruidito y un olor repugnante llena la habitación. El japonés se tapa la nariz con la mano que no sostiene la pistola.

—¡Te cagas! ¡Tú te cagas! ¡Eres un cerdo! —El japonés aparta la pistola de la cabeza de Álvaro—. ¡Mañana! ¡No lo olvides! ¡Mañana quiero el cuadro! —Cierra la puerta y se va.

Barcelona, bar de Armando. Lunes, 4 de agosto. 16.00h.

Pepa, Loli y Raúl le están explicando a Armando lo ocurrido en el apartamento de Empuriabrava.

—¡Qué despiste el de tu amigo Nacho! Te da unas llaves a vos⁴⁴ y otras a los abuelos y no lo recuerda —dice Armando.

—¡Con la *mala leche*⁴⁵ que tiene el abuelo de Nacho! Casi nos mata con el bastón —dice Raúl.

— ¡Pobres! ¡Vaya susto! —dice Pepa.

—Yo también me asusté —dice Loli—. Me despierto, oigo gritos y me encuentro a Álvaro en el suelo y al abuelo dándole con el bastón...

—Y ese tipo, el tal Álvaro, ¿quién es? —pregunta Armando.

—Un cliente que llevé el jueves pasado desde Figueras a Barcelona.

—¿Y qué hacía con ustedes en Empuriabrava?

—Álvaro tenía una bolsa de tela verde, igual que la de Raúl.

—¿La bolsa que Raúl olvida en todas partes? —dice Armando.

—Sí. Raúl olvidó su bolsa en mi taxi y Álvaro cogió la bolsa de Raúl. Se equivocó. Las bolsas eran iguales. Álvaro descubre que la bolsa verde no es su bolsa. Yo le explico que seguramente la otra bolsa, la de Álvaro, la tiene Raúl y que Raúl está en Empuriabrava. Vamos a Empuriabrava a buscar a Raúl. ¿Entiendes?

—Sí. Ustedes llegan a Empuriabrava. Raúl y Álvaro cambian sus bolsas...

—No. No cambian las bolsas porque Raúl no tiene la suya. Bueno,

no tiene la bolsa de Álvaro, que él pensaba que era suya. No sabe donde está la bolsa. La ha perdido.

—Pero... ¿Por qué se queda Álvaro con ustedes?

—Porque Raúl le dijo que podía pasar la noche con nosotros en el apartamento.

—¿Por qué? —pregunta Armando a Raúl.

—Hombre... Yo pensé: «Mira, ya está Pepa con un nuevo *ligue*⁴⁶...»—dice Raúl.

—Muy gracioso— responde Pepa.

—Es que Álvaro está muy bueno —dice Loli.

—¿A vos, Pepa, te gusta Álvaro?

— No... No sé. Es raro.

—Bueno. Álvaro se queda con ustedes, van al apartamento, ¿y...?

—Estamos durmiendo, oímos voces y nos encontramos con los abuelos de Nacho. El abuelo y su bastón... La abuela llama a la policía.... Y Álvaro se va corriendo.

—Total, que nos hemos quedado sin playa y sin apartamento —dice Loli.

—Y sin Álvaro...—comenta Pepa—. Parece que no quiere tener mucho contacto con la policía...

—Podemos ir de camping —dice Raúl—. Tengo un amigo que puede dejarnos una tienda y...

—¡Calla! No quiero saber nada de tus amigos —dice Loli.

—Yo voy a ir a la playa de la Barceloneta. Me baño, tomo el sol y luego, de subida, recojo a algún cliente —dice Pepa.

—Yo voy contigo —dice Loli.

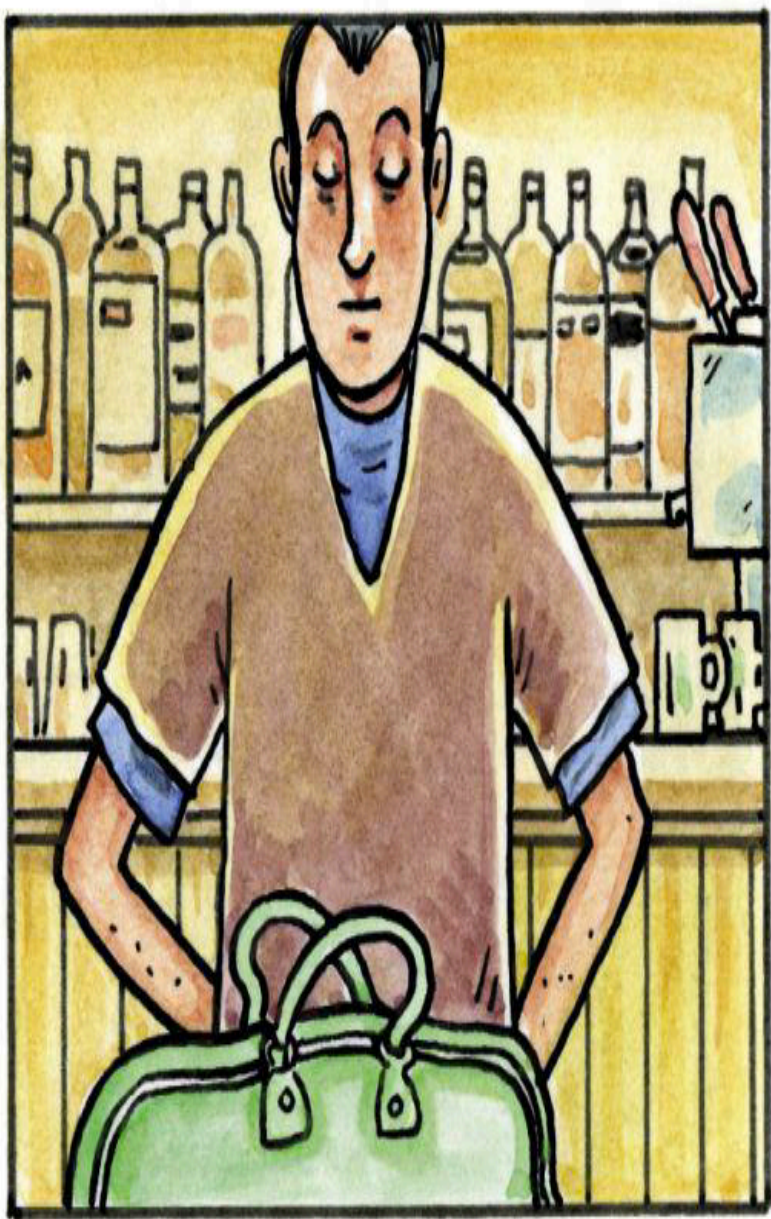
—Yo... A mí la playa, ¡uff!... La arena... ¡Uff! Hace mucho calor... —dice Raúl estirándose en la silla—. Yo me quedo aquí, a la sombra. ¡Anda, ponme una cervecita, Armando! Hasta luego, chicas.

Las dos chicas salen. Armando trae la cerveza de Raúl y una bolsa verde.

—La otra noche te dejaste tu bolsa aquí en el bar.

—¡Coño, la bolsa! —Raúl bebe un poco de cerveza—. ¿Es la bolsa de Álvaro o la mía? —Se rasca la cabeza—. ¡Qué lío! —Deja la bolsa en una silla. Se termina la cerveza y pide otra—. ¡Bah, qué más da! ¡Total, no llevo nada importante!

—A ver, déjame ver... ¿Qué hay dentro? —pregunta curioso Armando—. Si es la bolsa de Álvaro puede haber alguna sorpresa...



Notas explicativas



Palabra o expresión vulgar.



Palabra o expresión coloquial.

¹Gracia. Es el barrio de Barcelona donde vive Pepa Villa. Antiguamente era un pueblo y hoy en día se encuentra en el centro de Barcelona.



²Porros. Cigarrillos de marihuana o hachís.



³Costa Brava. Parte muy turística de la costa catalana, situada en la provincia de Girona.



⁴(Ir de) marcha. Salir a lugares donde hay mucha gente, a tomar copas, a bailar, etc. Un lugar con mucha marcha es un sitio con mucho ambiente.



⁵La (+ nombre de persona). El uso del artículo delante de un nombre propio de persona (*la Mari, la Silvi...*) se considera incorrecto. Es muy frecuente en Cataluña, por influencia del catalán.



⁶No te enrolles. No hables tanto.



⁷Tía. Mujer, chica.



⁸No tengo un puto euro. No tengo nada de dinero.

9



Guiris. Extranjeros, turistas.

10



Che. Expresión muy usada por los argentinos.

11



El puto... / la puta... Expresión usada para hacer referencia a un objeto o situación que nos molesta o hace enfadar.

12

Museo Dalí. El Teatro-Museo Dalí está en Figueras. Está dedicado enteramente al pintor Salvador Dalí.

13

Catalán y castellano. Cataluña es una comunidad autónoma bilingüe. Hay dos lenguas oficiales: el catalán y el castellano.

14

AP-7. Autopista que va de Barcelona a Girona. Esta nomenclatura identifica las autopistas de peaje, aquellas en las que es necesario pagar para poder circular.

15

Taxi. Por lo general, los taxis en España son de color blanco. En Barcelona, sin embargo, estos vehículos son negros con las puertas amarillas.

16

Cañas. Vasos o copas de cerveza de barril.

17



Nos vemos. Expresión coloquial para despedirse.


18




Pringao. «Desgraciado». Aquí, significa que tiene que trabajar mucho. A veces, en la lengua oral, la terminación *-ado* se convierte en *-ao*.


19


Paseo de Gracia. Avenida comercial del centro de Barcelona.


20  **Tuneado.** Coche al que se le han cambiado y añadido piezas para personalizarlo. Procede de la palabra inglesa *tunning*.


21 **Mercè.** Nombre propio catalán. En castellano, equivale a Mercedes.


22  **Sordo como una tapia.** Expresión usada para decir «muy sordo».


23  **Coño.** Expresión con muchos valores, entre otros, sorpresa, contrariedad o enfado.

24  **Hostia/s.** Expresión para demostrar enfado o sorpresa.

25  **Joder.** Expresión con valores muy variados: admiración, sorpresa, enfado...


26  **Mierda.** Expresión para demostrar descontento o enfado.

27  **(No tener) ni puta idea.** No saber.

28  **Colega.** Amigo, compañero.

29  **Pasta.** Dinero.

30 **Chist.** Ruido que se emite para llamar a alguien.

31  **¿A quién coño...?** Se puede añadir la expresión *coño* a

cualquier pregunta para demostrar enfado o desacuerdo. Por ejemplo:
¿Adónde coño vas? ¿Qué coño haces? ...

32



Guay. Bueno, simpático.

33



Estar bueno/a. Ser guapo/a, atractivo/a.

34



Yonqui. Drogadicto.

35



¡Qué pedo llevo! ¡Qué borracho estoy!

36



¡Qué borde eres! ¡Qué estúpido eres!

37



Tener pis. Tener ganas de orinar.

38



Hijo de puta. Insulto fuerte.

39

Yayos. Abuelos, personas ancianas.

40



Cabrón. Insulto muy usual.

41



Cabrón lo será tu padre. Es usual devolver un insulto utilizando el mismo insulto seguido de *lo será tú padre*.

42



De mala muerte. Significa «de muy mala calidad», referido normalmente a un lugar o a un servicio (un hotel, un restaurante...).

43



¡Me cago en el jefe de los cojones! Expresión usada para decir que se está harto de algo. En este caso el personaje quiere decir que no quiere oír hablar más del jefe.

44

Vos. Forma de segunda persona del singular equivalente a *tú* empleada en Argentina y otras zonas de Hispanoamérica.

45



Tener mala leche. Tener mal carácter.

46



Ligue. Relación amorosa o sexual pasajera.

Actividades

En todas las lenguas se puede decir lo mismo de muchas maneras diferentes. Cómo decimos o escribimos algo depende de muchos factores: con quién estamos hablando (el grado de confianza y jerarquía), en qué situación estamos, cómo nos sentimos, etc. No hablamos igual en una entrevista de trabajo que en un bar con nuestros amigos. No hablamos igual con el profesor que con nuestra pareja. Hablamos de manera diferente con un policía o con un desconocido cuyo coche acaba de chocar con el nuestro.

Cuando aprendemos una lengua extranjera, tenemos que ir aprendiendo también a distinguir los diferentes registros: cuándo se puede o no se puede usar cierta expresión o palabra, en qué tipo de relación suele usarse, etc. En general, en una lengua extranjera es muy difícil usar adecuadamente el lenguaje coloquial o vulgar. ¡Y los errores de este tipo son muy graves! Usar un registro inadecuado puede crear muchos malentendidos o dar una imagen falsa de cómo somos o de qué queremos expresar.

De momento, con la lectura de esta serie y realizando estas actividades, puedes empezar a reconocer algunas formas muy típicas de lenguaje coloquial o vulgar del español peninsular. Vas a tener un primer contacto con el uso y el significado de expresiones y palabras que los españoles usan mucho, pero que no suelen estar en las clases de idiomas.

1 Compara los siguientes pares de frases. Marca a qué tipo de registro corresponde cada una: neutro (N) o coloquial/vulgar (C/V). ¿En qué lo has notado?

- | | N | C/V |
|---|--------------------------|--------------------------|
| 1. | | |
| a. Arreglar el coche me ha costado una pasta. Y lo peor es que el cabrón que chocó con nosotros llevaba un pedo tremendo. | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| b. Arreglar el coche me ha costado mucho dinero. Y lo peor es que el que chocó con nosotros estaba borracho. | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| 2. | | |
| a. ¿Qué le has dicho a Marta? ¿No sabes que tiene muy mal carácter? | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| b. ¿Qué coño le has dicho a Marta? ¿No sabes que tiene muy mala leche? | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| 3. | | |
| a. Ignacio está muy bueno pero es un cabrón. | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| b. Ignacio es muy atractivo pero no es una buena persona. | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| 4. | | |
| a. ¡Qué borde es Carla! Joder, siempre dice cosas desagradables. | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| b. ¡Qué estúpida es Carla! Hay que ver, siempre dice cosas desagradables. | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| 5. | | |
| a. Vaya, vamos a perder el tren. ¡Y Silvia en el servicio...! ¿No podía esperar a llegar a casa? | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| b. Mierda... Vamos a perder el tren. ¡Y Silvia haciendo pis...! ¿No podía esperar a llegar a casa? | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| 6. | | |
| a. Vente de marcha, tío. No seas «pringao». Mañana puedes terminar el trabajo ese de los cojones. | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| b. Anímate y ven con nosotros, hombre. No seas soso... Mañana puedes terminar ese dichoso trabajo. | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |

2 Subraya en estas frases las palabras o expresiones coloquiales y vulgares.

1. Me han dicho que en el colegio de Juanma hay chicos que venden porros.
2. El viernes, como ya hemos terminado los exámenes, nos vamos de marcha.
3. Oye, dile a la Sonia que ha llamado el David.
4. Venga, tía, no te enrolles y pon las maletas en el coche, que es tarde.
5. Este mes he gastado mucho. No tengo un puto duro.
6. Es un bar muy divertido, está lleno de guiris y hay mucha marcha.
7. He quedado con Pili para ir a tomar unas cañas.
8. Alberto sale cada día de la oficina a las 16 h y yo, como un «pringao», me tengo que quedar hasta las 19 h.
9. Tiene un coche tuneado espantoso, amarillo y rojo, y lleno de luces y pegatinas.
10. La abuela está sorda como una tapia. Háblale más alto.
11. ¡Coño, Francisco! ¿Qué haces tú por aquí?
12. ● ¡Hostias! Hemos pinchado una rueda. ¿Qué hacemos ahora?
○ Ni puta idea, colega. Yo no sé cambiar una rueda.
13. Pues esta moto te ha costado mucha pasta, ¿no?
14. ¿Adónde coño vas así vestido? ¡Pero si vamos a una boda!
15. Y el tío de la moto va y me dice: «Hijo de puta, ¿tienes el carnet de conducir? Y yo le digo: «El hijo de puta lo será tu padre».

Otros títulos de la colección

- Fantasma en la escalera (A1+)
- Una operación arriesgada (B1)
- Cenizas calientes (B1)

Créditos

Título: Apartamento en la Costa Brava

Serie Pepa Villa, taxista en Barcelona

Autores: Alicia Estopiñá y Neus Sans

Coordinación editorial: Jaime Corpas

Redacción: Pablo Garrido

Ilustraciones: Kim

Locutora: Cristina Carrasco

© Alicia Estopiñá, Neus Sans y Difusión, Centro de Investigación y Publicaciones de Idiomas, S.L., Barcelona, 2009

© **Ilustraciones:** Kim y Difusión, Centro de Investigación y Publicaciones de Idiomas, S.L., Barcelona, 2009

Conversión a formato digital: Reverté-Aguilar

ISBN: 978-84-15620-48-8

www.difusion.com